

Mayab

Oli Pijoan

LA PRIMERA VEZ QUE VI A MAYAB me sorprendió su belleza en sutil caos. Su blanco y negro en perfecta combinación no podían si no hacerle la más fausta de las justicias a mis ojos sucios, tristonos y apagados en aquella mañana de junio.

Los suyos, en cambio, envidriados por el asfixiante calor y la nula ventilación de la gaveta en la que viajaba con desesperación, vestían un verde opaco, casi gris, que sollozaba con un clamor silenciado.

De temprana edad y pacífico estado de ánimo, Mayab creyó que la vida se le iba allá dentro, junto a tanto cachibache... Sin duda, el viaje desde Mérida hasta Tulum habrá sido escalofriante, sin aire, sin agua. Pobre Mayab, en cuanto el autobús hizo parada y se abrieron las compuertas de la gaveta, echó mano del más poderoso de sus dos pulmones felinos y avisó a los circundantes de su presencia.

Mayab y yo nos quisimos desde el primer momento... Tal vez ella me creyó su más ansiada salvación, sin saber que en la tersura bicolor de su pelo yo encontré más paz de la que uno es capaz de relatar. Estiré el brazo y alcancé a rodear su pequeño tronco con la palma de mi mano y casi sin pensar me la llevé al corazón. Mayab ronroneó.

Hice uso de mis más osadas técnicas de retórica y logré convencer a Verónica, una oriunda, de que adoptara a Mayab, con lo que una suerte de nueva tranquilidad me calmó el sobresalto. Y con esta sensación me fui a San Cristóbal, quedándome para siempre la imagen peluda de su ser bien hasta el fondo de mis células. •

OLI PIJOAN estudió ciencias de la comunicación. Después de vivir en México, España y Estados Unidos, reside en la actualidad en Buenos Aires, donde pronto iniciará estudios de ornitología.

